

AMÉRICA: UNA PALABRA EN BÚSCA DE SU DEFINICIÓN

(Hacia un descubrimiento fenomenológico de la Historia
de América)

POR

ALEJANDRO LORA RISCO

A PEDRO LAIN ENTRALGO

Toda objetividad, debidamente verificada, desmiente el primer contacto con el objeto. La objetividad debe, de antemano, criticarlo todo: la sensación, el sentido común, la práctica incluso más constante, y también la etimología, pues el verbo, hecho para cantar y seducir, raramente se encuentra con el pensamiento.

GASTÓN BACHELARD (*)

1. ¿De qué modo preside América la realidad de su nombre? Interrogación confusa, ambigua, literaria, que podría precisarse un poco más, por ejemplo, de la siguiente manera: ¿de qué modo absorbe su nombre toda la realidad de un probable contenido americano absoluto? Y no queda dicho todavía del todo claramente. Empero, gracias a estas aproximaciones relativas, a estos fallos del continuo tanteo, es posible venir a darse cuenta de la naturaleza del problema que se quiere plantear. Para decirlo todo: indagaremos por el ámbito de las relaciones semióticas que ligan el *nombre* propio América con el *contenido* de realidad por él probablemente connotado como *objeto*.

He aquí un nombre para designar un objeto —de los sentidos o de la mente—, y, como es lógico, lo que se trata de averiguar es de si uno y otro brotan como realidades tangibles que entre sí se sostienen simbólicamente mediante la interpolación de una forma conceptual inequívoca. En otros términos, queremos saber, estar seguros, de si basta mentar el nombre del objeto (probable) en cuestión para que éste satisfaga como una realidad incuestionablemente conocida y cumplida (en su nombre), o bien, al revés, si basta que emerja la realidad como dato mentalmente intuible para que, con no menor ligereza y espontaneidad,

(*) *Psicoanálisis del fuego*, p. 8. Alianza Editorial. Madrid.

y, en definitiva, reluzca el nombre exacto que la retrate. En resumen, ¿qué clase de objeto lógico denota y significa la palabra-símbolo América? Pues bien, pudiera tratarse de una mera connotación depurada de todo roce espurio con la realidad (americana). O bien, al contrario, que el nombre se desprendiera de ésta como el molde aplicado al objeto que debajo subyace. Cabe, además, una tercera posibilidad: que el nombre domine a tal extremo el ámbito del objeto aludido que le imponga una caracterización convencional y arbitraria, violenta e incorrectamente adjudicada.

2. Por ejemplo. Cuando alguien expresa—un poeta es lo más seguro—:

América, no invoco tu nombre en vano

(resaltando aquí la voz América como alternativa del «no pronunciarás su nombre en vano», del Decálogo); ya es de presumir lo que debe entenderse por el concepto simbólico invocado: que cualquiera, en el punto más alto, puede sentir el impulso de conmover su espíritu a tan buena luz, con preferencia a toda otra escala superior de valores. Hay aquí implícita una identificación de la palabra América con el valor por excelencia, por sobre todas las cosas situado. De manera que tenemos entre manos, más que una palabra revestida de un significado concreto y específico, una categoría insólita, una forma valorativa que circula, sin resistencia posible, como un valor—ídolo endiosado—*ídola specus*. ¿Qué se pierde entonces con tratar de verificar esta incidencia identificante y ver si es cierto que, cuando *invocamos su nombre*, se comporta como una realidad de contenido sustancial incuestionable, de que es verídica expresión la gama completa de su simbología?

En el contexto poético citado, la palabra, el signo onomástico América apenas, sin embargo, si inunda y absorbe la esfera de nuestra receptividad emocionada, ello salta a la vista. Ahora bien, ¿será esto así porque se han desarrollado hasta sus últimas consecuencias afectivas (emocionales) el valor lógico y la significación que le sirven objetivamente de fundamento como contenido enmarcado en la realidad de verdad, o bien, sutil y caprichosamente, trátase sólo de una licencia poética enorme, extrapolada, que por sus implicaciones idealistas y morales suele estimarse y confundirse con las circunstancias empíricas que rodean la formación del mundo americano en cuanto tal? Veamos, pues, si rebasa el ámbito de la afectividad, de por sí tan impresionable, y si su «símbolo» resulta idéntico con su «sustancia». Un recuento fenomenológico nos dirá cómo debe entenderse el problema sicogenético respectivo.

La historia del símbolo «América», como es natural, tiene una buena, sostenida y brillante historia, que no es necesario contar de nuevo

aquí, remitiéndonos a la gran vidriera de colores de la historiografía. Queremos ir más allá. Quisiéramos sorprender, captar en su inmediatez primordial el flujo mismo de los hechos acaecidos, en cuanto éstos tienen relación con el minuto histórico del descubrimiento de un mundo nuevo, del que se deriva, claro es, la necesidad de ajustarle un nombre adecuado, en el sentido de que de él penda y a él se refiera el horizonte entero de la difícil y problemática acción descubridora.

¿Es posible, por ejemplo, saber lo que pasó por la mente o conciencia de los descubridores del Nuevo Mundo en el momento en que, alentados por el hallazgo de una realidad *nunca vista antes* (que engendra el *encuentro vivido* con ella), se vieron instados a consumir el desesperado y trágico acto de abrazarla? No queremos, por cierto, adivinar —no somos adivinadores— lo que pasó por sus ánimos en esos momentos. Sin embargo, se puede intentar averiguarlo si, en primer lugar, estableciéramos el significado de los términos esenciales de la frase en cuestión, y comenzamos por definir el concepto mismo de abrazar, que significa aquí *aprehender lo nunca antes a través de la interposición de una forma, de una imagen mítica* expresiva de las condiciones —prácticamente aún selladas— que desbordan la situación y, a la vez, sustentan la naturaleza, la estructura antropológica del *encuentro vivido*.

Es indudable que el acto del descubrimiento, que implica, según hemos dicho, un encuentro y un abrazo con algo, se realiza en los límites de un espacio geótico inusitado: en un espacio cósmico de proporciones nunca vistas. En consecuencia, es lo más probable, multiplicado varias veces por un extraño componente fantástico. Y así resulta demasiado ancho, alto, inmenso, desconocido. Un mundo que fuera nuevo, sin ser al propio tiempo sorpresivo, sorprendente, es inimaginable. Sólo que la ponderación requerida tiene que exceder un tanto y referirse al patrón alojado colectivamente en la sensibilidad del observador. Será, pues, más sorprendente y más grande que algo ya conocido: desproporcionado por relación a lo que ya ha sido antes experimentado. Si se posee, como ocurre en el caso de Colón, el don de la expresividad, lo novedoso puede ser magnificado sin esfuerzo apelando a la integración de los datos con el diseño del patrón tradicional albergado. «Es tierra toda muy alta... Por la tierra dentro muy grandes valles, y campiñas, y montañas altísimas, todo a semejanza de Castilla»... «Los aires eran como en abril en Castilla; cantaba el ruiseñor... Era la mayor dulzura del mundo»... «En toda esta comarca hay montañas altísimas que parecen llegar al cielo..., y todas son verdes, llenas de arboledas, que es una cosa de maravilla.» (Diario del almirante.)

Cuando, por el contrario, se carece del don expresivo que, gracias

a los patrones intercalados, tornan posible y grata la fantástica ponderación, el espíritu de los grupos cae vencido, una y otra vez, bajo la impresión de vastedad y desmesura, de proporción desconocida e incógnita; y aquélla pasa a predominar sobre el juego, esta vez aleatorio, de las pautas o conductas socializadas. A medida, por tanto, que los descubridores se desprenden de las impresiones ponderativas de los primeros momentos, van asimismo modificándose sus reacciones frente a la naturaleza cósmica, que, tan pronto como se ordena y adopta un contorno, se desdibuja también como paisaje, emergiendo en lugar de éste la incógnita de lo desconocido: el espacio «americano» nudo.

Creemos, pues, que debemos definirlo como *espacio desmesurado*, en el que no se hinca la planta para permanecer, sino para dejarse arrastrar e introducirse aún más adentro, para ser literalmente tragado por una cantidad de espacio que, en la medida en que va generándose bajo la planta de sus descubridores, se desplaza también más allá, hacia el infinito, insondable e inabarcable. La primera consecuencia obvia del descubrimiento no es entonces, como se ha dicho, una aprehensión real del contorno, ya que éste se aparece ante todo como una cualidad intangible, como un abstracto metafísico: la especialidad, que está ahí, delante, al parecer al alcance de las manos, aunque, en realidad, sólo va surgiendo (impensadamente) cuando se ha dejado ya atrás, o sea cuando el paso dado y el tramo recorrido sólo lo dejan entrever como una sustancia inasible que «nos ha tragado», que hemos «sobrepasado» sin haber siquiera obtenido.

Es difícil ya en nuestros días reconstruir psicológicamente una operación de esta índole; difícil creer que descubrir un mundo nuevo nunca visto antes —y por añadidura, inconmensurable— entrañe como materia de experiencia un contenido empírico-metafísico capaz de hundir a las conciencias portadoras del acto en un abismo de temporalidad verdaderamente indescriptible, insondable. Y, sin embargo, fue así. Los descubridores penetran en un espacio metafísicamente acusado, pero amorfo, que no puede abarcarse; y sólo después, urgidos por los requerimientos del espíritu, por la dramática necesidad de vaciar los borrosos contornos en un molde unificado y tangible, se valen de los recursos de su imaginación y de su fantasía. Reduciéndolo a figura, rechazan contra un trasmundo equívoco un cierto fondo irracional, y conforman con ello la materia de un mito. Es decir, capturan una palabra simbólica, capaz de nombrar, de crear mágicamente los apetecidos linderos humanos de la acción.

Como criaturas que manejan símbolos y significados urdidos en una trama tradicional no podían menos que encauzar sus acciones bajo la perspectiva de un conjunto de palabras mágicas, esto es, de